



El Paseo San Martín

Cecilia Argañaraz

En el espacio público no hay asimilación, ni integración, ni paz [...] puesto que la calle es el espacio de todos los otros. Ningún individuo ni ningún grupo, en la ciudad, pueden pasearse todo el tiempo en su nido, en su guarida o en su trinchera. Tarde o temprano no les quedará más remedio que salir a campo abierto, quedar a la intemperie, a la plena exposición, allí donde cabe esperar el perdón, en forma de indiferencia, de los más irreconciliables enemigos [...] Una calle siempre es así, una confusión autoordenada en la que los elementos negocian su cohabitación y reafirman constantemente sus pactos de colaboración o cuando menos de no agresión. (Delgado, 1999, pp. 189-190).

Introducción

Este trabajo ha sido realizado en base a las observaciones efectuadas en el centro de la ciudad de Córdoba, a lo largo de la calle San Martín, en las cuatro cuadras que se extienden entre la calle Deán Funes y la calle La Rioja (ver plano anexo). Este trayecto se ve interrumpido a la mitad por la Avenida Colón. Desde nuestras representaciones previas, todos los miembros del grupo de observación coincidíamos en que un interesante foco para la misma consistiría en analizar la forma en que se diferencian los segmentos de la calle definidos por dicha avenida. Nuestras ideas tenían que ver con una división socioeconómica marcada entre los espacios y transeúntes ubicados a ambos lados de la avenida, siendo los que se ubicaban del lado de la calle La Rioja más “marginales” respecto de los que se ubicaban del lado opuesto. Hablo de “ubicación” también para referirme al tránsito, porque hipotetizábamos un escaso contacto entre los espacios a partir de las trayectorias de las personas: la mayoría de los viandantes, suponíamos, doblarían en Av. Colón sin adentrarse en las calles del lado opuesto.

Nuestras observaciones se confirmaron parcialmente: si bien hemos observado diferencias entre ambos espacios, no son ni de lejos tan marcadas como esperábamos, en especial en lo que atañe al transitar de las personas. Sin embargo, sí existen notas significativas de diferenciación, que

se ponen particularmente de manifiesto en mis propias observaciones, a causa del día y horario en que fueron realizadas. Al respecto, uno de los ejes de mi trabajo tiene que ver con la forma en la que el intervalo temporal definido como “fin de semana” altera la forma en que se estructura, vive, transita y habita el espacio urbano, haciendo surgir espacios nuevos y específicos de ese tiempo. Por otra parte, el segundo eje apunta a problematizar la contundente desnaturalización que conllevó mi acercamiento al espacio de observación, en cuanto a su “peligrosidad” y las nociones previas que se presentaron al respecto en mi entorno cotidiano.

De “vacío” a “paseo”

El sábado 2 de noviembre a las 19:50 hs, descendí del colectivo sobre Av. Colón, a mitad de cuadra entre las calles Rivera Indarte e Independencia. Apenas puse el pie en la acera, fui asaltada por un contundente aroma a “porro”¹: varios varones jóvenes (alrededor de 17 años) fumaban a lo largo de la cuadra en pequeños grupos, charlando entre sí.

“La cuestión social no es sólo una cuestión moral, sino también una cuestión nasal”, diría con mucho acierto Simmel (198, p. 247). Ese primer impacto olfativo confirmaba en principio las amenazantes predicciones de mis familiares y compañeros de observación al enterarse del horario y día en que realizaría la mía: “cuídate”, “que no te asalten”, “estate atenta”, “es peligroso andar ahí de noche”, “no va a haber nadie”, “ojo que se suelen dar con todo”, etc., etc. Mi olfato parecía estar completamente de acuerdo en que nos rodeaban las “criaturas de la noche” de Reguillo (2008), pobladoras de un “desierto” oscuro acerca de cuya peligrosidad yo había sido, igual que en una fábula tradicional cualquiera, debidamente advertida.

Un elemento que cabe destacar antes de iniciar el relato de la observación propiamente dicha, es la familiaridad previa que yo poseía con el espacio observado, con sus “leyendas” y representaciones de peligrosidad y de localización de la alteridad sociocultural dentro del mismo. Uno de los elementos que destaca De Certeau (2000) a la hora de analizar las formas en las que se imagina un espacio y se actúa en él, es la importancia de las prácticas del espacio de la madre en la estructura espacial del sujeto-hijo. A lo largo de toda mi vida he recorrido esas cuadras, siempre en los días y

1 También “faso”. Dícese comúnmente en Córdoba del cigarrillo que contiene marihuana.

horarios propios de la actividad administrativa y el comercio regular. Las actitudes de los mayores que me acompañaban cambiaban notablemente de un lado a otro de la Av. Colón ya mencionada: la calle San Martín era transitada con relativa tranquilidad, en tanto lo permite el aglutinamiento de personas que la caracteriza en horario comercial. Se pasea, las compras se realizan con tranquilidad y el “paisaje” es agradable: el espacio está, en estas cuadras, diseñado en su estructura fija para favorecer la sensación de uno de los tipos de “espacio público” definido por Bauman (2006): el lugar comercial y de servicios, destinado a convertir al residente de la ciudad en consumidor. Espacios caracterizados por la falta de interacción entre los transeúntes, excepto que paseen juntos, y que apunta a crear un equilibrio “casi perfecto” entre seguridad y libertad. La concreción de este equilibrio en las sensaciones resulta de la conjugación de dos estrategias de eliminación de la diferencia en tanto peligrosa: el exilio de los otros o la anulación de su otredad.

Desde esa perspectiva, cruzar la Av. Colón representaba un viraje bastante notable en cuanto a las formas de transitar y los imaginarios de peligrosidad presentes: cuando era pequeña, se me agarraba de la mano con fuerza; el paso de los adultos era más rápido y la mirada, atenta. Sólo se iba a comprar artículos específicos, no a mirar y pasear. El espacio no está decorado para regocijar la vista: en vez de glorietas con enredaderas, la calle es atravesada por cables. Proliferan los vendedores ambulantes, aún más que del otro lado. Las personas se visten diferente, en general con ropa deportiva. Hay una “feria”: un gran galpón repleto de pequeños negocios de ropa económica, vendida en bolsas sin marca o impresión alguna. La calle, si bien es peatonal, carece del empedrado o el mosaico de las cuadras anteriores: es simple asfalto. No hay bares ni locales comerciales de marcas reconocidas y onerosas. Las vidrieras no están decoradas con esmero, simplemente se exponen los productos sin mayor ornato. No hay bancos ni casas de cambio y préstamos. Si definimos la peligrosidad y la “pobreza” en razón del “vacío”, de la ausencia de estos elementos de seguridad (muchos de los cuales remiten a la solvencia financiera de los transeúntes) entonces sí, las cuadras entre Colón y La Rioja son “pobres” y en principio “peligrosas”.

¿Qué hay entre Colón y La Rioja en horarios no comerciales? Desde mis representaciones previas, la respuesta es “nada”. Espacio vacío y, por ende, espacio peligroso, plagado de lo que “no es parte” de la ciudad ilumi-

nada y repleta de las mañanas comerciales –“jóvenes” consumiendo droga, por ejemplo (Reguillo, 2008)–.

Apenas di unos pasos sobre Av. Colón, cuando pude comenzar a comprobar lo ficcional de mis representaciones. Fuera del aroma ya mencionado, la ciudad estaba plena de vida y movimiento sin llegar a los niveles de hacinamiento propios de la semana. Sobre la avenida circulaba gran variedad de personas, en grupos pequeños, de dos o tres. Caminaban rápidamente, sin detenerse ni mirar a los costados.

Aún acuciada por los temores inculcados, me apresuro a cruzar la avenida con el objetivo de realizar las observaciones en el espacio “peligroso” a una hora lo más temprana posible. Antes de llegar a la acera, ya me he relajado.

El espacio era un pequeño mercado transhumante. Los mismos puestos de venta que están presentes en forma marginal en la peatonal durante la semana, se nucleaban aquí en un espacio organizado: la cuadra entre Colón y Santa Rosa está completamente ocupada por mercancías colocadas sobre telas extendidas en el piso.

Los vendedores estaban cómodamente apostados a ambos lados de la calle, con sillas y banquitos, o sentados en la acera, dependiendo fundamentalmente de la edad de los sujetos (las personas de más edad se sentaban en sillas, bancos o reposeras). Había hombres y mujeres, en proporción bastante pareja, aunque las mujeres eran mayoría. La iluminación eléctrica funcionaba a pleno, no había rincones demasiado oscuros. Los sonidos eran variados: música proveniente de los puestos de venta de CDs (predominando el cuarteto y la cumbia), conversaciones, comida asándose a la parrilla, cuyo olor asimismo plagaba el lugar. Este cuadro sensorial me hizo creer por un momento que me encontraba nuevamente en algún rincón de los mercados de las ciudades de Jujuy o Salta.

Una diferencia muy notable fue la que presentaban los vendedores que se hallaban solos, ensimismados y con rostro de fastidio cuando los paseantes hacían preguntas; y los vendedores que se hallaban “en ronda”, algunos con mate o botellas grandes de gaseosa, acompañados por la gente de los puestos vecinos. Las rondas en general se agrupaban en torno a alguna silla o banquito, ocupadas por personas de edad o por mujeres que cargaban con bebés en sus brazos, para quienes es más difícil moverse e instalarse en otro lugar.

La mayoría de los puestos venden ropa o derivados: remeras y pantalones para ambos sexos y todas las edades, lencería femenina, gorros, algunos zapatos y zapatillas, especialmente para niños. También hay puestos de venta de anteojos de sol, de juguetes (en torno a los cuales se nuclean los niños), CDs y DVDs, bijouterie. Los puestos de bijouterie pertenecen a un grupo diferenciado de personas: son cinco o seis hombres jóvenes (alrededor de 30 años), de ascendencia africana, con piel muy oscura, pelados o con pelo muy corto, y con aros varios en el rostro y las orejas. Cuatro de ellos están tatuados en brazos y piernas; en resumen, su estética es diferente a la de los demás, e interactúan sólo entre sí, hablando de vez en cuando en un idioma que no supe reconocer, pero que contenía palabras francesas e inglesas, infiero alguna forma de *créol*.

En cuanto a los paseantes, la amplia mayoría son familias. Acuden con muchos niños más bien pequeños (hasta 10 años), cochecitos para bebés y demás. No compran, aunque pasean lentamente y deteniéndose en varios puestos. El ambiente es relajado, casi festivo, propiamente de “fin de semana”. El tipo de ropa, la cantidad de niños, el tipo de cochecitos para los niños, las carteras de las mujeres, hacen pensar en personas de condición económica más bien humilde. También hay varias parejas de jóvenes, la mayoría ligeramente apartados de las zonas de circulación, en los rincones más oscuros, cercanos al puesto de choripanes ubicado en la esquina de Santa Rosa, que marca el brusco límite del paseo. La siguiente cuadra, entre Santa Rosa y Lima, está absolutamente desierta. Algunas familias aparecen de vez en cuando por allí acudiendo a la zona comercial, pero el grueso de la afluencia de gente proviene del otro lado. Fue en esta última cuadra donde observé a dos personas de aspecto *queer*, que no ingresaron al paseo.

Algo que llamó mi atención fue la diferencia de circulación entre los niños de los vendedores y los de los paseantes. Los primeros jugaban de modo absolutamente libre, dos de ellos se desplazaban en un skate, sentados (era bastante difícil para los transeúntes esquivarlos, cosa que a nadie pareció molestarle, incluyéndome); otros jugaban a la pelota en un rincón. Todos eran pequeños, no más de diez años, en cambio, los niños de los paseantes estaban firmemente sujetos por los adultos. Protestaban para detenerse en los puestos de juguetes que ven, se preguntaban mutuamente sus nombres. Los adultos no interactuaban con otros grupos, sólo entre acompañantes.

Me interesa en estas páginas justificar y problematizar la noción de “paseo” que he utilizado para referirme a este mercado informal. La idea se ubica en el plano de las sensaciones y los afectos, del espacio vivido, de las formas de estar y de actuar en un determinado espacio. A fines de contrastar mis ideas, más tarde esa misma noche me dirigí hacia el “Paseo de las Artes”, dado que el carácter de “paseo” parece no ser en este caso motivo de controversia, y por ende lo tomé como elemento de cotejo para elaborar una caracterización de qué es un “paseo”.

En primer lugar, “el andar obedece en efecto a tropismos semánticos” (De Certeau 2000, p. 116). El “paseo” como nombre remite ya a un clima en el que priman la relajación y la circulación por sobre la compra y el consumo (caso del “centro comercial”). Como ya consigné, llamó mi atención la escasa cantidad de personas que efectivamente compraban la mercancía ofrecida en los puestos. Sin embargo, el andar era lento: las personas caminaban predominantemente en grupos, en familias, deteniéndose a observar y a veces a conversar con los vendedores sobre los productos (especialmente en los puestos de ropa y CD’s). El clima general es de tranquilidad, los tiempos no apremian, dado que no se “va” a ninguna parte, simplemente se transita en un espacio de límites definidos por la presencia de objetos a la venta para mirar. En ese sentido, podemos pensar en el mecanismo compra-venta a la vez como excusa y motivo del paseo, y como un posibilitante de su existencia, dado que provee a los vendedores de recursos económicos y alicientes para mantenerlo.

El paseo es además un lugar discontinuo en el tiempo: surge en el fin de semana, a partir de bases casi inexistentes, a lo sumo una mínima infraestructura para la instalación de los puestos: sillas, vendedores, entretenimientos para los mismos mientras trabajan, decoración de los puestos, mercancías, afluencia de paseantes, todo existe en un momento específico y efímero, pero recurrente y regular, del tiempo urbano.

Sin ignorar las diferencias socioeconómicas que podemos percibir entre ambos “paseos” (siendo el Paseo de las Artes un destino habitual de los grupos económicamente acomodados por el tipo y costo de los productos), las formas de habitar el espacio son muy similares, y se corresponden a prácticas propias de la vida urbana, que trascienden en gran medida las diferencias socioeconómicas: este tipo de actividades sólo son posibles en el tiempo de fin de semana, cuando se conjugan las condiciones de dis-

ponibilidad de tiempo por parte de los paseantes y ausencia de comercio regular, que permiten el surgimiento de estos mercados alternativos.

Cabe destacar entonces como reflexión general que las configuraciones temporales de la vida urbana están fuertemente signadas por el ritmo que impone la vida laboral de una buena parte de la población, que a su vez coincide con los estratos con capacidad (diversa, pero positiva) de consumo, en tanto “ocupados”. El tiempo urbano se divide entonces fundamentalmente en tiempo de trabajo, “la semana” y tiempo “sin trabajo”, el “fin de semana”. Cada uno de estos tiempos posee una lógica y una dinámica propias de circulación de capitales y personas, donde es fundamental destacar la actividad como consumidores (de ocio y entretenimiento) de esta parte de la población.

Por otro lado, encontramos al grupo de los vendedores. En este caso, vemos cómo los tiempos del comercio urbano regular abren intersticios para la presencia de estos comerciantes “otros”, que se apropian de un espacio urbano del que son excluidos o en el que ocupan un lugar marginal durante la semana. Nos encontramos de ese modo con lo que Simmel (1986, p. 215) denomina el “poder del tiempo”: los tiempos de la vida urbana crean espacios diversos, en los cuales coexisten o no ciertas personas y grupos.

La cuestión de la coexistencia nos remite al problema de los límites: si el límite es un “hecho sociológico con forma espacial” (Simmel 1986, p.216), entonces ¿qué hecho sociológico estamos observando cuando vivimos diferentes espacios en el mismo lugar?² Las dos cuestiones ya tratadas podrían ser punto de partida para posibles respuestas: estamos observando por un lado una regla estructurante: el tiempo del trabajo regular y del comercio regular como posibilitantes de la actividad de ocio para los paseantes. Por otra parte, vemos que esos mismos tiempos operan como mecanismos de exclusión (entendida como antónimo de integración), de modo tal que los “otros” pueden operar en el espacio público sólo bajo condición de hacerlo en los intersticios del sistema regular.

Para justificar esta afirmación es de particular interés la observación realizada por mis compañeros de trabajo, que acudieron al mismo espacio en horario de comercio regular: en la cuadra de mi “paseo” había varios policías apostados, que impedían la instalación de puestos ambulantes de venta. Yo no vi ni uno.

2 Tomando las nociones de espacio y lugar según De Certeau (2000).

En cuanto al tiempo urbano como límite sociológico, podemos pensarlo también desde Simmel (1986):

El límite sociológico lleva consigo una acción recíproca muy singular: cada uno de los dos elementos actúa sobre el otro... pero el contenido de esta actuación consiste en no querer o no poder actuar más allá de este límite y, por consiguiente, sobre el otro (p. 215).

Los que se limitan no son los espacios, sino las personas, y la cristalización de esos límites que al mismo tiempo los posibilita es espacial.

Reflexiones finales

Por último, y a modo de conclusión, pretendo reflexionar acerca del brusco contraste entre mis prenociones y el mundo observado. La identificación de la peligrosidad parece revestir principalmente tres de las formas identificadas por Reguillo (2008): primero, el “vacío”, como condición de posibilidad de la emergencia de la alteridad amenazante (condición que podemos poner en relación con el “vacío comercial” que permite la emergencia y sustentabilidad de los “paseos”); en segundo lugar, la pobreza como estigma propio del “lugar”, en tanto no atravesado por las “fijaciones” propias del espacio céntrico percibido como seguro, que enumeré en un principio. Y en última instancia, la presencia de la droga, no en la forma amenazante en que me la habían pintado (LCD, cocaína, grupos de venta organizados y fijos, tal vez armados), sino en la de diez adolescentes fumando marihuana.

El vacío se llena con fantasmas. Lo curioso es que este no es un vacío de los lugares, como en el caso del taxista italiano mencionado por uno de los autores. Es un vacío que depende estrechamente de los tiempos: sólo existe un sábado, un domingo a la noche. Y sólo existe si no son las mismas personas las que circulan por (o construyen) ese espacio durante esos tiempos diferentes. Probablemente, nuestros “paseos” de fin de semana simplemente sean otros.

Referencias

- Bauman, Zygmunt (2006). "Espacio/tiempo". En *Modernidad líquida*. Buenos Aires: FCE.
- De Certeau, Michel (2000). "Andares de la ciudad" y "Relatos de espacio". En *La invención de lo cotidiano I*. México: ITESO.
- Delgado, Manuel (1999) *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- Simmel, George (1986). "El espacio y la sociedad". En *Sociología 2. Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid: Alianza.
- Reguillo, Rossana (2008). Sociabilidad, inseguridad y miedos: Una trilogía para pensar la ciudad contemporánea. *Alteridades*, 18(36), 63-74. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-70172008000200006&lng=es&tlng=es.

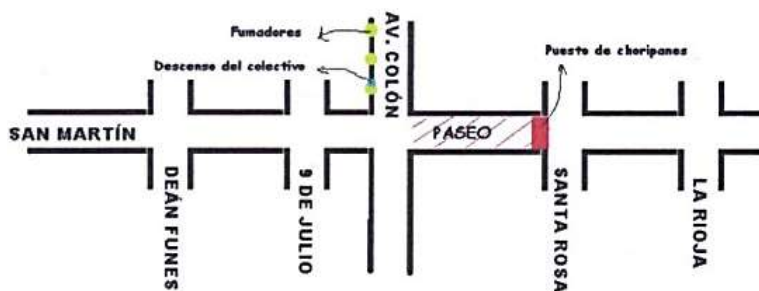


Imagen 6. Título: Plano del lugar de observación.

Fuente: Elaborado por Cecilia Argañaraz